

De juegos matemáticos y otros menesteres

H

ay un paradójico riesgo cuando se reseña una obra de reciente publicación, aunque lo propio de las reseñas sea eso, referirse a libros que aún ofrecen ese limpio olor de haber salido apenas de una imprenta. La lectura suele efectuarse, en estos casos, a un ritmo veloz, a diferencia de aquellas que tienen como finalidad acuciosos análisis literarios en los que se disecan a voluntad los fondos y formas de una obra determinada.

¿Cuántos títulos, que a la larga, serían considerados como clásicos, fueron en un primer momento desdeñados por reseñistas que, a lo Júpiter Tonante, de una condición de ilegibles no los bajaban? Baste evocar el caso de Juan Rulfo, cuyo *Pedro Páramo* tardó años en agostarse en las librerías, aparte de no haber recibido en un principio muy buena aceptación por parte de la prensa. Y desde hace tiempo, Rulfo es canónico.

Está el caso contrario de obras que cuando salieron a la luz fueron objeto de encomiásticos y entusiastas comentarios que las saludaban como expresiones literarias eternas pero que, con el paso del tiempo, quedaron empantanadas en algún oscuro pasadizo del olvido.

Hago esta reflexión, además, en un contexto específico: el de la prácticamente nula existencia o prolongación de un trabajo de reseña en relación con el corpus del sistema literario mexiquense. No abundan los medios, ni académicos ni de divulgación cultural, y escasean aun más



Eduardo Osorio, *El juego del gato y el alfil*, Toluca, UAEM, 2012.

los propios reseñistas, fenómeno que, en rigor, no es privativo del mundo cultural del estado, sino del país en general.

¿Cuántos diarios metropolitanos o regionales han desaparecido sus suplementos culturales? ¿Cuántos cuentan, no digamos con un suplemento cultural, sino con una página o sección cultural? Nos faltan en la actualidad referentes imprescindibles en esta materia, como durante buen tiempo lo fue el suplemento *Sábado* en la primera etapa del diario *unomásuno* o, en el Valle de Toluca, el suplemento *Vitral* que dirigió inicialmente Alejandro Ariceaga y, después, Roberto Fernández Iglesias, hasta su extinción muy a principios de los años noventa del siglo pasado.

Es de reconocerse, por lo que toca al Estado de México, el trabajo que

se está haciendo desde Texcoco con la revista *Molino de Letras*, donde se combina la presentación de obra de creación, tanto narrativa como lírica, con ensayos críticos y de reseñas, como la sección final que, para tal efecto, encabeza en cada número el escritor Arturo Trejo Villafuerte.

La Colmena es también un espacio apropiado para mantener el pulso con este género entre académico, periodístico y aun mercadotécnico, a fin de —tan simple como esto— ofrecer a los posibles y esquivos lectores alguna valoración acerca de los libros que se están haciendo tanto en territorio mexiquense como en otras latitudes.

Tal ocurre con *El juego del gato y el alfil*, la cuarta novela publicada por el escritor toluqueño Eduardo Osorio, escribo ‘publicada’, porque podría apostar que Osorio cuenta con más textos novelísticos ya completos, pero todavía en reposo, por lo que habría que esperar más sorpresas de su parte.

Eduardo Osorio (Toluca, 1958) compartió con Alejandro Ariceaga una circunstancia, casi una ‘jettatura’, como se decía antes en el lenguaje del periodismo deportivo, vinculada con el puesto que ambos desempeñaron en distintas y más o menos largas etapas: mientras estuvieron al frente del Centro Toluqueño de Escritores, fue relativamente poco lo que publicaron; al separarse de esa responsabilidad gremial, cobraron un brío mayor en la proyección de sus respectivas obras, de modo que ello nos permitió conocer novelas como *Camada*

maldita (2002, 2004), de Ariceaga, y ahora *El juego del gato y el alfil*, de Osorio, que también había dado a conocer, en 2008, otra novela, *El enigma Carmen (Diálogos para su réquiem)*, como parte de la Biblioteca Mexiquense del Bicentenario.

El juego del gato y el alfil hizo a Eduardo Osorio merecedor del Premio Internacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano, otorgado por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) en su versión 2011, cuyo colofón precisa que es una obra editada en agosto de 2012. En efecto, tiene aún olor a imprenta.

Si bien lleva en su registro una variada cantidad de libros de poesía, prosa poética, ensayo y narrativa, en una larga carrera, puede decirse que en su nueva novela Osorio ha alcanzado el máximo nivel estilístico y temático que, sin desmerecer sus obras anteriores, lo caracteriza por una madurez creativa, cabal y plena. Es un Osorio mucho más suelto que el que lanzó en 1987 *Club Obrero: fantásticas nocturnidades en Chihuahua*, obra que lo convirtió en becario del Centro Toluqueño de Escritores. Se supera a sí mismo, esta vez, respecto a la ya citada *El enigma Carmen (Diálogos para su réquiem)*, aunque bien a bien habría que regresar a leer con mayor detenimiento esta novela, cuyo distintivo principal es la combinación de tantas técnicas narrativas, 31, como capítulos tiene.

Mención aparte merece una obra distintiva dentro de los libros de Osorio: *El año que se coronaron los*

diablos, publicada en 1990 —reeditada en 2009 en la Biblioteca Mexiquense del Bicentenario—, por la que fue reconocido con un primer premio de novela Ignacio Manuel Altamirano, aunque, en tal caso, convocado nacionalmente y, que se recuerde, por una sola ocasión, por el Instituto Mexiquense de Cultura.

Contra lo que se suele pensar acerca de *El año que se coronaron los diablos*, no se trata de una novela limitada a una nostalgia por la tradición futbolística respecto al equipo de fútbol choricero, sino de una composición mayor que relaciona aspectos de mito, identidad, contrastes y aun una intertextualidad con el sacrificio de Cristo según la Biblia, y que, en realidad, aplica un sentido crítico a la manera en que se desarrollaron el país y el propio Estado de México en su historia contemporánea. Por supuesto, *El año que se coronaron los diablos* es un libro que hay que leer o releer.

A más de estos antecedentes harito reconocibles, con *El juego del gato y el alfil* Eduardo Osorio lanza su resto vital como escritor y pone en juego todas sus dotes como narrador: un estilo profundamente depurado, nervioso y ágil, una anécdota plenamente actual, una intensidad violenta, un juego de técnicas narrativas complicado y bien logrado en el tránsito de la sensibilidad a la página. No es casual, para Osorio, lo fundamental en una novela es la estructura.

El juego del gato y el alfil propone, desde el cerebro de su protagonista, el matemático Alberto, una temporada

en los sótanos de la relación casi conyugal de éste con la joven norteamericana Helen, también matemática, ambos profesionales con elevadas cartas académicas, que trabajan en una empresa consultora. Y como juez, testigo, incitador de la disputa, más que los otros personajes de su entorno laboral y social, el Maik, el gato, regalado por Alberto a su dama, su simbólica dama.

La vida de esta pareja es, como se enuncia desde el título de la novela, un juego tan complicado y tan sencillo como un tablero de ajedrez. Quienes ignoramos las reglas del llamado deporte-ciencia, tal vez perdamos parte de las intenciones de Osorio; pero aun así, bien podemos percibir los desastrosos efectos de ese juego, de su alegoría, cuando es puesto en el nivel de las de por sí complicadas y, además, elementales relaciones humanas.

En *El juego del gato y el alfil* nacen personajes con una inteligencia problemática, el asunto central no es sólo el conflicto registrado en una relación de pareja, sino el de conferir sentido a la existencia, cosa difícil de lograr, incluso para quienes son exitosos profesionalmente, empleados bien pagados, parte de una élite imaginable aun en el país de la crisis permanente, que a veces se muestran como sujetos que rebasan cualquier límite impuesto por la moral tradicional. Ésta les queda chica: tienen que jugar sus propias y peligrosas reglas, las de un ajedrez, 'su ajedrez' particular.

Y en medio, el gato. No otro animal, sino el gato, que, ya se sabe, no entra en las condiciones de mascota

doméstica; es un testigo crítico, un dictador constante, una presencia esquiva, más cuando, como tantos felinos, se desaparece del hábitat hogareño. Sin embargo, ahí está, el Maik, el gato.

La pareja pasa por toda una gama de excesos, con choques violentos. Con jugadas maestras surgidas de la mente de un extremado manipulador, que igual se coloca en posición inermes cuando la mujer lo pone en doble jaque, el de la vida y el del juego.

Sería simplista pensar que la novela sólo trata de los rompimientos y aparentes reconciliaciones entre los integrantes de una pareja. En lo más hondo se verifica, aparte de la imposibilidad del cariño permanente, la renovación del sentido a lo que ya advirtió hace tanto tiempo Oscar Wilde en su *Balada de la cárcel de Reading*: se mata lo que se ama. Sí, "The man had killed the thing he loved / And so he had to die..."

Difícil es, desde cierto punto de vista, la construcción de un personaje que rebase el estereotipo, en lo que toca a la norteamericana Helen. Sin embargo, Osorio rebasa el escollo —creo por su destreza para aplicar un recurso que se percibe—, por ejemplo, en *El año que se coronaron los diablos*: armar el discurso narrativo a partir de un juego de contrastes. En su novela de 1990, Osorio desarrolla historias en momentos y ciudades distintos, de manera que confluyen en una posible revisión identitaria acerca del devenir social y humano en el Estado de México. En *El juego del gato y el alfil*, el contraste se evidencia en la combinación, no tan común, entre un hombre mexicano y

una mujer estadounidense. Es decir, en el choque de culturas y, aparte, en el choque de sexos. El paranoico macho azteca contrapuesto a la rubia *wasp: white, anglosaxon and protestant*.

El texto está sólidamente trabajado, lo mismo en los segmentos donde la narración se ciñe a un discurso 'tradicional', como en aquellos donde se hace uso de técnicas formales más libres, aunque también más rigurosas, de rompimiento de estructuras gramaticales. Concreta, además, una postura certera en la exposición de la posible mentalidad de un matemático, formulada, como es fácil imaginar, a partir de los años en que Eduardo Osorio ha trabajado en áreas institucionales de divulgación de la ciencia. Literato educado a partir de sus lecturas al igual que por sus experiencias como periodista, a Osorio no le resulta ajeno ningún campo del conocimiento.

En un asunto relacionado con la política editorial de la UAEM, estimo conveniente modificar el criterio, seguido ya por varios años, de limitar los tirajes de las ediciones universitarias a sólo 500 ejemplares. Desde que esta regla o costumbre empezó a aplicarse, me pareció inapropiada, porque la reducción en costos se limitaba sólo al del gasto en papel, sin evitarse todos los demás que implica la producción de libros.

Independientemente de esta consideración personal, habría que sacar de esa cifra de 500 ejemplares a los libros que son editados como resultado de la convocatoria anual, de carácter internacional, de los premios Gilberto Owen, en poesía, y Altamirano, en narrativa. De estos

premios surgen libros cuyo marco rebasa al propiamente académico, es decir, no van dirigidos sólo a un público estudiantil o docente, ni a especialistas, sino que están abiertos a la lectura de quien sea.

De cualquier forma, *El juego del gato y el alfil* puede ser considerado no sólo como la obra, hasta ahora, más acabada y completa de un experimentado autor, Eduardo Osorio. También, es una señal del rigor que debe caracterizar a los dos principales premios de literatura que cada año continúa organizando la Universidad Autónoma del Estado de México.

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA. Escritor y periodista, becario del Centro Toluqueño de Escritores en 1983. Ha publicado una veintena de libros, entre ellos los volúmenes de cuentos *Rey de nada*, *Cerca pero no tan lejos*, *Historia entre dedos*, *Los taches de Dolores y otros estudios de género*; las novelas *Danza rota* y *Mil caballos de vapor*; los volúmenes de crónicas *No me olvides y otros apuntes de nostalgia*, *Goyo el gato y el regreso del conejo* y *Arena de Gelidonia*; los ensayos *Con diez años de menos* y *Nube XXI*. Becario del FOCAEM en 2005, recibió la presea Estado de México José María Cos en periodismo e información 2001, así como la presea Ignacio Manuel Altamirano como promedio más alto en la promoción 2011 del Doctorado en Humanidades de la UAEM. Se desempeña como docente en la Facultad de Humanidades y en el Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de México.